



Capítulo 328 - Tu ciclo de maldiciones ha llegado a su fin (Parte II)

La colisión con Spectre fue más que un golpe—fue una negación del concepto mismo de resistencia. El impacto fue tan absoluto que el mundo dio un vuelco. El cielo fue arrastrado hasta el suelo como un velo arrancado. La tierra se convirtió en un mar de sangre viva, hirviendo con los ecos de los muertos.

Las estrellas no cayeron. Fueron expulsados.

Y finalmente... cayó el silencio. Grueso. Sagrado.

Virgilio flotaba, rodeado de sus cadenas—ahora inmóvil, como serpientes dormidas después de un banquete. Él era una sombra viviente. Una entidad fuera de orden. Un concepto puro de dominio.



Debajo de él yacía Spectre. Distorsionado. Sus innumerables ojos parpadearon en pánico silencioso, tratando de reconstruir lo que quedaba. Pero ya no había forma. No más control.

El otrora majestuoso eclipse de arriba ahora se agrietó como un espejo agrietado, y fragmentos de luz negra cayeron lentamente, bañando la escena en la trágica belleza de un final inevitable.

Virgilio dimitió.

Un paso.



Dos.

Cada pisada agrietaba el aire como un cristal que se rompía bajo los pies de un dios.

Y entonces, frente al horror desmoronado que una vez había amenazado su alma, habló.

Su voz era múltiple. Era antiguo y futuro al mismo tiempo.

"Soy la pesadilla que intentaste crear. "El arma que intentaste usar."

Levantó el brazo.

Señaló con el dedo.

"Ahora... serás mía."

Y llegó la risa.

Bajo.

Profundo.

Pero no solo.





Porque ya no era sólo Virgilio.

Eran todas sus sombras. Sus reflexiones. Sus demonios y delirios.

Cada alma que había consumido se reía con él.

Y por primera vez desde el principio de los tiempos...

El espectro gritó. Pero no con dolor. En el terror. Por primera vez...

...Él sabía lo que se iba a llevar.

Y luego se rompió.

No con fanfarria. No con espectáculo. Pero con la frialdad de algo inevitable.



La esencia de Spectre cayó como un velo arrancado desde dentro. Cada parte de su forma —sus ojos, sus gritos, sus zarcillos de pensamiento corrupto— se evaporó en un remolino silencioso de sombras que implosionaron sobre sí mismas. Como si la idea misma de su existencia hubiera sido revocada por algo más antiguo. Más puro. Más cruel.

Virgilio observó en silencio, con el pecho subiendo y bajando lentamente. El aire que lo rodeaba vibraba, distorsionado por un calor invisible. Su cuerpo estaba cubierto de grietas de luz púrpura y negra, las corrientes pulsaban a un ritmo como el de un corazón—pero no el suyo. Era como si el mundo respirara por él ahora.

Y luego llegó el último aliento de Spectre.



¿Una oración? ¿Un insulto? Nadie lo sabría. Sólo un sonido informe, como un recuerdo ahogado. Y antes de que pudiera extinguirse por completo...

Vergil extendió la mano.

No ofrecer misericordia. Pero tomar.

La sombra que quedaba de Spectre intentó retirarse, pero no quedaba ningún lugar adonde correr. Espacio cerrado en ondas geométricas, los pilares del alma colapsando a su alrededor como fichas de dominó que caen.

Y Virgilio cerró los dedos.

La absorción no fue inmediata. Fue doloroso, lento y simbólico. Las últimas partículas de Spectre fueron arrastradas a través de las grietas de la realidad, succionadas por la palma abierta de Virgilio, consumidas no como poder... sino como voluntad.



Él no quería derrotar a Spectre. Quería ser su último pensamiento.

Y lo hizo.

Lo que quedaba de la entidad se concentraba en un pequeño punto de luz negra en su mano, parpadeando... suplicando. Y Virgilio lo aplastó con dos dedos, como si pusiera fin a la sentencia de un universo prohibido.

Silencio.



El mundo que lo rodeaba comenzó a unirse. Lentamente. Vacilante.

Como si el plano mismo del alma estuviera esperando instrucciones.

Pero Virgilio no se movió.

Respiraba profundamente, con los hombros encorvados no de cansancio—sino de moderación.

Virgilio no estaba exhausto. Estaba... lleno.

Cada célula en él vibraba con exceso, con aquello que era más que poder. Fue presencia. Una masa gravitacional de voluntad, de concepto y de dominio recién formado. Pero en ese momento, entre los restos que quedaban de la batalla, su voz salió baja. Rígido. Sarcástico.

—Qué patético... —murmuró, mirando la mancha informe y deforme que tenía delante.

La sustancia viscosa que una vez fue Spectre se retorció en un intento casi patético de mantener la forma. Un charco gris y palpitante, sudoración, fracaso y agonía. Ya no tenía rostro, ni grito, ni sombra—sólo una presencia equivocada. Algo que debería haber desaparecido... pero que Virgilio ahora mantuvo vivo como recuerdo. O un trofeo.

Observó durante largos segundos.

Él sabía lo que eso significaba.





Las invasiones de almas no eran nada nuevo en su mundo—, pero ¿dos entidades tan anómalas chocaban dentro del mismo espacio interno? Estaba al borde de lo impensable. Y aún así... había ganado. No mediante planificación. No por suerte.

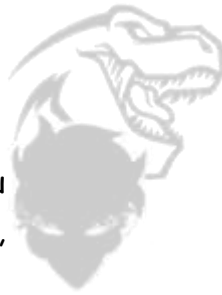
Pero siendo, pura y simplemente, Virgilio.

Suspiró, como si aclarara sus pensamientos. Luego murmuró, con la sombra de una fría sonrisa en los labios:

—Es como dijiste, querida... —murmuró, recordando cuando Zafiro le explicó que se había tragado el Orbe de la Emperatriz Dragón Platino...

Y Virgilio... sonrió. "Terminé absorbiéndolo yo mismo."

Se rió a carcajadas—una risa seca y cortante que atravesó el aire a su alrededor. La lluvia empezó a caer sobre el mundo interior, pesada, lenta, como lágrimas que el cielo no quería admitir que estaba derramando.



El líquido golpeó sus hombros, recorriendo su piel marcada por runas, evaporándose al tocar las cadenas de Ouroboros, ahora casi en silencio. Centinelas. Cómplices. Testigos.

Vergil caminaba lentamente, sus pies creaban ondas en el suelo líquido que ahora se estaba formando bajo sus pasos. El alma del mundo se estaba reformando, como si procesara su nueva estructura con reverente lentitud.

"Parece que este caso ha terminado..."



Gruñó, crujendo el cuello y el sonido resonaba como acero presionado hasta el límite. "Al menos el líder está muerto."

Miró fijamente el horizonte recién formado —todavía irregular, cosido a partir de recuerdos rotos y visiones que nunca se hicieron realidad.

"Los subordinados están desaparecidos."

Fue entonces cuando algo brilló. Un charco frente a él —puro y reflectante como un espejo mojado— reveló su nueva apariencia.

Vergil se arrodilló y sus ojos se fijaron en su imagen distorsionada.

Cabello negro.

Ojos morados.

Un aura que parecía hecha de humo y ambición.

Su cara era la misma...pero no lo era.

Se tocó a sí mismo —primero la frente, luego las hebras empapadas que alguna vez habían sido blancas como la plata. El toque lo confirmó. El color había desaparecido. Reemplazado por la noche.

"Jajaja..." La risa fue baja, amarga, casi íntima. "Se pondrán nerviosos... ¿verdad? Será mejor que volvamos a la normalidad... Bueno, veré su reacción primero"

